

oído siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazón ó de los labios! ¡ La oración que se ha oído proferir por alguno á quien se ha amado y á quien se ha visto morir es doblemente sagrada! ¿ Quien de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, á los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa porqué, de cualquier religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oración cristiana será siempre la oración del linage humano. Así he recitado yo solo la oración de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordiscan sus largos y rubios cabellos.



12, por la mañana, á la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oía desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi

cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Mientras daban la vela y partiamos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacío, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parlotaban graciosamente bajo mi angosta ventana donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgojo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imagen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creación! Los hombres llaman á eso comparación; la comparación es el genio; la creación no es mas que un pensa-

miento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir nuevas palabras en esa lengua divina de las analogías universales que solo Dios posee, pero de la que permite á ciertos hombres descubrir algo. Esta es la razon porqué el profeta, poeta sagrado, y el poeta, profeta profano, eran mirados antiguamente y en todas partes, como seres divinos. En el dia se los mira como á seres insensatos ó cuando menos inútiles, y es muy natural; los que cuentan por todo, el mundo material y palpable, esa parte de la naturaleza que se resuelve en cifras, en estension, en dinero ó en goces físicos, hacen bien en despreciar á esos hombres que no conservan mas que el culto de la belleza moral, la idea de Dios, y esa lengua de las imágenes, de las relaciones misteriosas entre lo invisible y lo visible! ¿Qué prueba esa lengua? ; Dios y la inmortalidad! ; Y esto es nada para ellos!

.....

[15 de Julio, anclados en el pequeño golfo de la Ciotat.

El viento favorable que ha soplado un momento, se ha desvanecido pronto en nuestras velas, que caian á lo largo de los palos, y los de-

jaban oscilar á merced de las mas flacas oleadas, — hermosa imagen de esos caracteres á quienes falta la voluntad, ese viento del alma humana, caracteres flotantes que cansan á los que los poseen; esos caracteres desgastan mas por la debilidad que los animosos esfuerzos que una voluntad vigorosa imprime á los hombres de energía y de accion, como los buques tambien que, en un mar sereno y sin viento, se cansan mas que bajo el impulso de un viento fresco que los impele y los sostiene sobre la espuma de las olas.

Sea casualidad, sea secreta maniobra de nuestros oficiales, nos vemos precisados por el viento á entrar á las tres en el risueño golfo de la Ciotat, pueblecillo de la costa de Provenza, donde nuestro capitan y casi todos nuestros marineros tienen sus casas, sus mugeres y sus hijos. Al abrigo de un pequeño muelle que se destaca de una graciosa colina, cubierta de vides, de olivos y de higueras, como una mano amiga que tienda la playa á los marineros, dejamos caer el ancla; no hay una arruga en la superficie del agua, y esta está tan trasparente que á veinte pies de profundidad vemos relucir las guijas y las conchas, ondear las largas yerbas marinas y correr millares de pescados de cambiantes escamas, tesoros escondidos del seno del mar, tan rico, tan inagotable como la tierra en vegeta-

cion y habitantes. ¡La vida es en todas partes como la inteligencia! ¡Toda la naturaleza está animada, toda la naturaleza siente y piensa! ¡El que no lo ve, nunca ha reflexionado sobre la inacabable fecundidad del pensamiento creador! Este no ha debido, no ha podido pararse; el infinito está poblado, y donde quiera que está la vida, allí está también el sentimiento: el pensamiento tiene grados desiguales sin duda, pero sin vacío. ¿Queremos una demostracion física de esta verdad? ¡Miremos una gota de agua bajo el microscopio solar, y en ella veremos gravitar millares de mundos! ¡Mundos en la lágrima de un insecto! Y todavía si lográramos descomponer cada uno de aquellos millares de mundos, nos aparecerian millones de universos nuevos! Si, de esos mundos sin límites é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes globos innumerables de las bóvedas celestes, si penetramos en la via lactea, incalculable polvo de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globo mas vasto que la tierra y la luna, el espíritu queda anonadado bajo el peso de los cálculos; pero el alma los soporta y se gloria de tener su lugar en esa obra, de tener fuerza para comprenderla, de tener un sentimiento para bendecir, para adorar á su autor. ¡Oh Dios mio! ¡Cuan digna oracion

es la naturaleza para el que te busca, para el que te descubre en ella bajo todas las formas, y comprende algunas sílabas de su lengua muda, pero que lo dice todo!

.....
Golfo de la Ciotat, el 14, por la tarde.

El viento ha caido, y nada anuncia su vuelta. La superficie del golfo no tiene una arruga; el mar está tan terso que se distingue en él aquí y allí la impresion de las trasparentes alas de los mosquitos que flotan sobre ese espejo, y que son lo único que le empaña en este momento. ¡Que á tal grado de serenidad y mansedumbre pueda descender ese elemento que levanta los navíos de tres puentes sin conocer su peso, que roe leguas de costa, devora colinas, raja peñascos y hiende montañas bajo el embate de sus rugientes olas! Nada es tan manso como lo que es fuerte.

Saltamos en tierra á instancias del capitán que quiere presentarnos á su muger y enseñarnos su casa. El pueblo se parece á las graciosas ciudades del reino de Nápoles en la costa de Gaeta: todo en él es radiante, alegre, sereno: la existencia es una fiesta continua en los climas del mediodia. ¡Feliz el hombre que nace y que mue-

re al sol ! ¡Feliz sobre todo el que tiene su casa, la casa y el huerto de sus padres, en las orillas de ese mar en el cual cada ola es una centella que arroja su luz y su brillo sobre la tierra ! Salvo las altas montañas que reciben la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que las cubren, del cielo en que se pierden, ningún punto del interior de las tierras, por mas risueño, por mas gracioso que le hagan las colinas, los árboles y los rios, puede competir en hermosura con los sitios que bañan los mares del mediodía. El mar es á las escenas de la naturaleza lo que los ojos son á un rostro hermoso ; las ilumina, les da aquella radiacion, aquella fisonomía que las hace vivir, hablar, encantar, fascinar la mirada que las contempla.

.....

El mismo dia.

Es de noche, es decir, lo que se llama noche en estos climas. ¡ Cuantos dias menos luminosos he contado en las hermosas laderas de las colinas de Richemond, en Inglaterra ! ¡ En las nieblas del Támesis, del Sena, del Saona ó del lago de Ginebra ! Una luna redonda se alza en el firmamento, dejando en la sombra nuestro negro bergantín

que descansa inmovil á alguna distancia del espolon. La luna, avanzando, ha dejado en pos de sí como un reguero de ascua roja de que parece haber sembrado la mitad del cielo : lo restante es azul, y blanquea á medida que ella se acerca. En un horizonte de dos millas con corta diferencia, entre dos islitas de las cuales la una tiene bordes acantilados, altos y amarillos como el Cóliseo de Roma, y la otra es morada como flores de lila, se ve sobre el mar el espejo de una gran ciudad : la ilusion es tal que engaña la vista ; se ven relumbrar los cimborios de los palacios de deslumbradoras fachadas, largos espolones inundados de una luz blanda y serena : á derecha é izquierda, las olas blanquean y parece que lo envuelven: cree uno ver á Venecia ó Malta durmiendo en medio de las olas. No es ni una isla, ni una ciudad ; es la reverberacion de la luna en el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar ; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas ; á su derecha, se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles ; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos,

que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas lejos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas extrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas,—caprichos gigantes de un océano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una debil imagen.

.....

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin, linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su joven esposa, doliente y triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el

sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque joven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos,—son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su caracter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa regularidad con que nuestros labradores de Saint-Point manejan el rastrillo ó el arado; labradores del mar, pacíficos y cantando alegres como los hombres de nuestros valles, siguiendo á los rayos del sol matinal sus largos sulcos humeantes en las laderas de sus colinas.

.....

16 de Julio.

Despierto muy de madrugada, oí esta mañana en el puente inmóvil la voz de los marineros con el canto del gallo y el balido de la cabra y de nuestros carneros. Algunas voces de mugeres y de niños completaban la ilusión: hubiera podido creerme acostado en la estancia de madera de una cabaña de labradores, en las márgenes del lago de Zuric ó de Soleura. Subí á cubierta; aquellos niños eran los hijos de algunos marineros que sus mugeres habían llevado á ver á sus padres: estos los sentaban sobre los cañones, los ponían de pie sobre las barandas del buque, los tendían en la chalupa, los cunaban en la hamaca con aquella ternura en el acento y aquellas lágrimas en los ojos que hubieran podido tener unas madres ó unas nodrizas. ¡Hombres honrados, de corazones de bronce contra el peligro, de corazones de muger para lo que aman, ásperos y blandos como el elemento con que viven! Sea pastor, sea marino, el hombre que tiene una familia tiene un corazón formado de sentimientos humanos y bondadosos. El espíritu de familia es la segunda alma de la humanidad; los legislado-

res modernos lo han olvidado demasiado; no piensan más que en las naciones y en las individualidades; omiten la familia, única fuente de las poblaciones fuertes y puras, santuario de las tradiciones y de las costumbres, donde se templan y robustecen todas las virtudes sociales. La legislación, aun desde el establecimiento del cristianismo, ha sido bárbara bajo este concepto, pues aparta al hombre del espíritu de familia, en vez de brindarle con él! Veda á la mitad de los hombres la muger, el hijo, la posesión del hogar y de la heredad; debía estos bienes á todos, apenas llegan á la edad viril; y solo debía privar de ellos á los culpados. La familia es la sociedad en pequeño, pero es la sociedad donde las leyes son naturales, porque son sentimientos. Escamular de la familia hubiera podido ser la mayor reprobación, el último borron impuesto por la ley, — hubiera sido la única pena de muerte de una legislación cristiana y humana. — La muerte sangrienta debiera haber desaparecido hace siglos.

.....

Julio, al ancla por los vientos.

A una milla al oeste, en la costa, las montañas

están partidas como á martillazos; los enormes fragmentos han caido, acá y allá, á las faldas de las montañas, ó bajo las azules y verdosas olas del mar que las baña. El mar se estrella en aquellos puntos sin cesar, y de la oleada que llega con un estruendo alternativo y sordo contra las rocas se lanzan como lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas riberas. Aquellos pedazos amontonados de montañas, porque son demasiado grandes para llamarlas riscos, estan arrojados y hacinados con tal confusion unos sobre otros, que forman una innumerable cantidad de angostas ensenadas, de bóvedas profundas, de sonoras grutas, de cavidades sombrías, cuyos caminos, recodos y salidas conocen solo los muchachos de dos ó tres chozas de pescadores de las cercanías. Una de aquellas cuevas, en la que se penetra por el arco rebajado de un puente natural, cubierto de un enorme pedazo de granito, da salida al mar y se abre en seguida sobre un angosto y oscuro valle que el mar llena todo entero con sus aguas lípidas y tersas como el firmamento en una hermosa noche. Es aquella una caleta conocida de los pescadores, donde, mientras las olas rugen espumantes por fuera, sacudiendo con sus embates las caderas de la costa, las mas pequeñas barcas están al abrigo de sus furorés; apenas se ve allí aquel ligero hervor de

un manantial que cae en una cascada. El mar conserva allí aquel hermoso color de un amarillo verdoso y ondeado que tan bien percibe el ojo de los pintores de marinas, pero que nunca pueden reproducir exactamente, porque el ojo ve mas de lo que puede imitar la mano.

Sobre las dos laderas de aquel valle marino se alzan, hasta perderse de vista, dos paredes de rocas casi perpendiculares, sombrías y de un color uniforme semejante al de la escoria de hierro poco despues que ha caido del horno. Ninguna planta, ningun musgo halla allí siquiera una grieta para suspenderse y arraigarse, para hacer ondear aquellas guirnaldas de enredaderas y aquellas flores que con tanta frecuencia se ven flotar en las paredes de las peñas de la Saboya á alturas donde solo Dios puede respirarlas; peladas, derechas, negras, repulsivas, no estan allí mas que para guarecer del aire del mar las colinas de viñas y de olivos que vegetan bajo su abrigo, imágenes de aquellos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y de las tempestades por proteger á hombres mas débiles y mas felices. En el fondo de la caleta, el mar se ensancha un poco, serpea, toma una tinta mas clara á medida que descubre mas cielo, y remata enfin en una hermosa sábana de agua dormida sobre un cau-

ce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pie fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura ; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivadas á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages : esa mezcla perfecta de gracia y de fuerza es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida ; es aquella imagen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas ; es una de aquellas numerosas obras maestras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes, pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del océano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viageros, á los poetas ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de oeste ; á las tres levantamos el ancla ; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte ; — mar esplendente, — movimiento blando y compasado del bergantin, — murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza : ¿ será que tambien ella respira ? — Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino autor. Dios no ha hecho la muerte ; la vida es el signo de todas sus obras.

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche.

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el